

EXPERIENCIA HUMANA DE UNA INVIDENCIA TEMPORAL *

OCTAVIO SALTOR SOLER

(Miembro Numerario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona)

Excmo. e Ilmos. señores, distinguido auditorio:

Realmente confuso por la intrusión que para mí representa completar una sesión de tal alto interés científico y de tan portentoso perfil biográfico como el que del médico Domingo Vidal Abad acaba de trazar, tan documentadamente, mi joven primo el Dr. Joaquín Otero.

Es así, como un médico doblado de historiador, con erudición apasionante puede vindicar en forma completa, y prácticamente exhaustiva, una de esas grandes figuras de la cirugía catalana a la que pertenecieron, como ya hice constar en otra ocasión, en que me cupo, asimismo, el honor de ocupar esta tribuna, dentro de esta Academia dos insignes antepasados míos, tío el uno paterno, el Dr. Gil Saltor Lavall, cirujano civil, y el otro tío primo por línea materna, cirujano castrense el asimismo académico Francisco Soler y Garde.

Pero, yo he venido aquí, amable-

mente acogido por esta asamblea que integran tan ilustres profesores en la docencia médica y en la quirúrgica, como los que integran esta Academia y como los que, hoy llenan esta tribuna de distinguidos oyentes, para revelarlos, casi en un tono confidencial, casi en una benévola audición de un monólogo de confesión propia, aquello que hemos situado bajo el título de «experiencia humana de una invidencia temporal». Si tuviera que adoptar de inicio un lema que encajara o que legitimara, por así decirlo, esta comunicación personal de una invidencia íntima, me acogería a aquel designio, a la vez filosófico y psicológico, del maestro Ortega y Gasset: «El hombre y su circunstancia», este hombre que os habla, este modesto letrado y escritor, tuvo en un momento determinado de su vida, exactamente el 15 de septiembre del año finido, una circunstancia oftálmica que le produjo la invidencia durante la temporada clínica razonable para luego, felizmente, recuperarla. Yo quisiera

* Comunicación presentada en la sesión del día 15-I-74.

hacer presente a todos aquellos que, formando parte de este insigne auditorio, en diferentes grados de la Cirugía, de la Médica, de la vida judicial, literaria, humana, han venido hoy a escuchar esta confidencia personal y a todos aquellos que sin estar presentes han colaborado en diferentes estadios de información, de documentación, de erudición, a estas divagaciones que hoy proyecto ante vuestra benevolencia, quisiera decirles que en realidad esta expansión mía de hoy viene a constituir un homenaje a todos ellos y en primer lugar a quienes clínicamente hicieron posible mi propia recuperación oftálmica.²

Siempre he sido, a través de toda mi existencia un enemigo acérrimo del ocio mental. No voy a interferirme en los estados teológicos (de teología moral) que proyectan frente a esta inercia del pensamiento todos los peligros, y de todas las tentaciones que en el orden humano y contra el orden divino pueden suscitar. Pero, para mí, siempre que el insomnio acude a enturbiar el reposo; siempre que se produce un paréntesis en la languidez somnolienta de la noche, jamás he tolerado esta inactividad mental, sino que inmediatamente, la reacción que produce en mí es la búsqueda de algo que ocupe el pensamiento, que entretenga la mente y que sirva de larva, de fermento, de simiente, a una nueva creación, cuando el día amanezca. Ya dijo mi admirado poeta Josep Carner, en una poesía famosa,

«Invocació», recogida en la «Antologia dels poetes catalans moderns» de Alexandre Plana (1914), «dintre la nit que el llavoreig amaga». Y es realmente así, esta noche, así la noche de los tiempos como la noche cotidiana de cada mortal, entrañan, ocultan pero aguardan ver revelados tesoros inconmensurables cuya búsqueda, cuyo hallazgo pueden hacer la gloria de un artista y la felicidad de un lector. Y en el momento en que condenado, por así decirlo, temporalmente, a una total oquedad de mi visión física, igual que en aquellas horas de insomnio y de vigilia, acudí a algo que muchos de los oyentes que me acompañan, por su parte, habrán asimismo experimentado. Recurrí a aquellas lecturas, tan agradables, tan solícitas, tan acogedoras, tan entrañadas en uno mismo, que afloran a la superficie de la mente cada vez que se abre una ventana que permita afluir los efluvios del recuerdo y de la aproximación de unos textos inefables. Y, claro está, aquellas poesías que tantos de nosotros sabemos de memoria son las que con mayor presteza, de un modo más inmediato y con más profundo relieve, acuden a nuestra imaginación y templan nuestra ansia de ocupación mental.³

Joan Maragall, el gran poeta del cual todos somos fedatarios es naturalmente uno de esos archivos vivos, inagotables junto a los cuales, junto a cuya melodía ideológica, junto a cuyo ritmo verbal, pero sobre todo junto a cuyo mensaje co-

municativo, siempre tan profundamente humano, tan reciamente optimista, tan estremecedoramente cristiano, anima los corazones y las almas y ayuda a las mentes a desterrar miserias, inquietudes y flaquezas humanas para remontarse hasta los más altos valores del espíritu. Y en ese momento, exactamente a los pocos segundos de haberse cerrado obligatoriamente mis ojos en espera de los resultados quirúrgicos definitivos, acudió a mí el recuerdo de los «Goigs a la Mare de Déu de Núria». Y ya me detuve en el tercero de sus versos: «Verge de la Vall de Núria — voltada de soledats — que *immòbil en la foscúria*»; este exactamente pasaba a ser mi diagnóstico temporal («*immòbil en la foscúria*») y entonces, con una suerte de aproximación maternal, aquella Virgen de Nuria encumbrada en los Pirineos, aquella Virgen de Nuria que recibe a los romeros en su recoleto ambiente penumbroso, pareció como si me hiciera comprender el mensaje de belleza recogido por el poeta, y que en la propia composición de la cual habían arrancado estos primeros versos, comunicaba una suerte de lema, de divisa de lección estimulante, al paciente, que inerme, iba a compartir con aquella Virgen pirenaica su propia soledad y su propia tiniebla. «Deu ànima a les tenebres! deu-nos la fe de la nit». Ya con esta consecuencia activista, esta alma emanada de las tinieblas a través de una invocación Mariana, surgía como un impulso regenerador, aquietador,

estimulante, consolador, y de «l'ànima de les tenebres» y de «la fe de la nit», pudieron así, desde el primer instante, ocupar la mente del paciente, enardecer su alma creadora, y sugerir innumerables consideraciones encaminadas a considerar cuál puede ser el estado del invidente definitivo, después de haberlo palpado, de haberlo experimentado, de haberlo sufrido como invidente temporal.

Es curioso que a través de las dilatadas noches de penumbra en la cual el enfermo se encuentra cuando le ha sobrevenido una dolencia oftálmica como la por mí sufrida, se producen ciclos de recuerdos inacabados cuya completa solución final se produce precisamente en estas etapas, en las cuales la mente baldía parece necesitada de esta conclusión lógica, argumental y dialéctica, que en el curso de la vida ordinaria, y en relación con el reposo cotidiano, no se habían producido.⁴ Y, entonces desde el punto de vista psicológico surge, a su vez, la circunstancia de que muchas veces tenía yo la impresión de haber permanecido en vigilia, en plena conciencia expectante de mi propia evolución mental y mi propio raciocinio, y sin embargo, al pedir a quienes me acompañaban la verificación de la hora, resultaba en realidad que habían transcurrido unos largos espacios consecutivos a los cuales la sensibilidad del paciente no estaba acostumbrada y no hubiera atinado a captar; y sin embargo, en el curso

inconsumable del pensamiento, el ciclo mental de la cosa inacabada había excedido todo su orden progresivo con una concatenación perfecta de resultados lógicos, de tal modo que parecía al paciente que se hubiera desarrollado en plena vigilia aquello que había seguido a pesar de la alternativa de vigilia y de sueño.

Claro está que yo, señores, sobre todo, entrañables amigos, académicos y doctores, que entre ellos hay varios, con los cuales yo hice los estudios secundarios, y que luego mercedamente han alcanzado lugares destacados dentro de su profesión, en la cátedra o en el ejercicio, claro está que yo aquí no puedo, en absoluto, producir ninguna novedad informativa, a quienes además de vuestra propia experiencia profesional habéis sido maestros en la docencia bibliográfica. Yo no puedo, desde luego, olvidar las obras del Dr. José Casanovas⁵ que analiza de un modo magistral como en su cátedra lo verifica a diario, las experiencias del enfermo oftálmico, ni puedo, tampoco, desde luego, olvidar que en esta misma Academia y en la Sala Ovalada, meritísimamente gloriosa y antológica, por sus recuerdos históricos médicos, y por las efemérides académicas y las sesiones capitales que en ella se han desarrollado, el discurso de ingreso en esta Academia de mi querido y admirado amigo Dr. Piulachs, compañero mío de la Academia del Faro de San Cristóbal, en cuyo ingreso tuve el honor

de ser yo quien le contestara,⁶ sobre «la enfermedad y el enfermo». Todos estos aspectos de tipo científico y ya no digo clínico, os son ya conocidos, y son autoridades ya existentes y las que puedan, en otro momento, producirse, las llamadas a proyectar esa competente docencia ilustrada que en ellos concurre. Pero, sí, que yo debo decir que en el curso de estas estancias operantes en la intimidad, en esa forzosa introversión, a través de la cual el ánimo propio se ajusta a la existencia de una necesidad imperativa, impuesta médicamente o clínicamente, es curioso como el paciente experimenta un profundo sentido de fraternidad hacia aquellos autores literarios que han sabido captar con su profunda sensibilidad, y habiendo sido o no sujeto activo de una dolencia semejante, esta circunstancia orteguiana del yo sufriente, del hombre doliente, del paciente oftálmico.

No podemos olvidar, por ejemplo, que nuestro añorado amigo Julio Gay, en su libro «Días sin luz», supo prevenir los acentos patéticos y al mismo tiempo suaves de esta circunstancia mía, como el periodista D. Pablo Vila Sanjuán, en un magnífico artículo de «La Vanguardia Española». Y ya entrando a fondo en aquellos que han hecho de la invidencia un motivo, podríamos llamar sustancial, de alguna de sus obras, el nombre de Camilo José Cela, escritor y académico ilustre, que viene dándonos como una suerte de sinfo-

nías realistas en su «oficio de tinieblas» («El patatá oxidado») los alardes figurativos en el lenguaje que en él son habituales. Pero, en torno a estas circunstancias literarias, y a estos recuerdos de lectura, mi ánimo se detuvo de un modo, podríamos llamar, persistente, casi diríamos, obsesivo, con el recuerdo de aquella novela de Benito Pérez Galdós titulada «Misericordia», y que, escenificada hábilmente y dirigida magistralmente por José-Luis Alonso, vino a encarnar en Barcelona, y si mal no recuerdo, en el Teatro Moratín, uno de los más bellos espectáculos que en la escena española se hayan podido dar en los últimos cinco años; y dentro de los personajes que encarnaban los diversos y antológicos tipos de esta obra, cuya protagonista femenina era María-Fernanda D'Ocon, maravillosamente caracterizada para asumir, con un dulcísimo realismo inefable, la interpretación de su personaje; y junto a ella, aquel ciego que lleva por nombre José Pulido «Almudena». Cada uno de los acentos de la interpretación magistral de José Bódalo parecía aproximarse al paciente invidente y hacerle sentir todo aquel dramatismo figurado; porque la obra no era una historia, sino una invención novelada, pero con su profundísima carga de humanidad, para estremecerse con aquellas actividades internas que sólo pueden descubrirse y sólo pueden captarse y experimentarse en situaciones idénticas a las de cada uno de los

personajes imaginados y concebidos por los artistas. Y el recuerdo, asimismo inolvidable, hablando de teatro, de las obras de Joaquín Calvo Sotelo: «Cuando llegue la noche» y «Cuando llegue el día», todas ellas con una comprensión llena de ternura, henchida de sensibilidad fraternas, enaltecedoras de este deseo de comunicabilidad que el ser aislado por las circunstancias externas siente hasta el punto de concebir y experimentar esta hambre de cariño con el injustamente discriminado se asoma a la vida invidente que le rodea y que le circunda. Y frente a estos casos de comprensión literaria que hemos citado, la desde luego recusable interpretación de situaciones oftálmicas negativas realizadas en dos de sus obras por un asimismo académico y dramaturgo de la alcurnia y categoría de Antonio Buero Vallejo «En la ardiente oscuridad» y sobre todo «El Concierto de San Ovidio». Si algún autor español hubiera concebido como intérpretes y como personajes de una obra suya, una sucesión unánime de jorobados o de claudicantes, seguramente hubiera sido blasmado su proceder y probablemente su obra no hubiera alcanzado venia para acceder a las tablas; y sin embargo «En la ardiente oscuridad» y sobre todo en «El Concierto de San Ovidio» se produce el hecho lamentable de presentar como un harapo, como una caricatura trágica, unas figuraciones que, no solamente no mueven a compasión, sino que provocan honrada-

mente la rebeldía frente a un punto de vista de crueldad inexplicable. Por dos o tres o más veces yo he tenido el honor de conferenciar antes y después de 1936 y de 1939, en la Organización Nacional de Invidentes; y puedo decirles que la presencia y la compañía de todos aquellos rostros ansiosos de una comunicación espiritual, de una enseñanza estimulante, de un estímulo interior, sobre todo de un sentimiento de compañía y de una conciencia de hermandad, hacen posible que quien se ha asomado a aquel auditorio ávido de captar todo aquel mensaje que el visitante les dirija y les prodiga, hubiera sido imposible que quien hubiera participado de esta circunstancia, aunque fuera desde un punto de vista absolutamente objetivo y no subjetivo, hubiera podido escribir ninguna de esas obras en las que el invidente es objeto negativo de personificación y de relieve.⁷

Aparte de esta circunstancia, yo debo decirles, y quizá sea la lección central que más debo destacar, en esta mía disertación endeble de hoy, que el invidente, como todo discriminado por razón de un defecto exterior, y aún no diría yo defecto, sino carencia de una de las cualidades físicas no esenciales en el alma de los individuos,⁸ yo diría que, desde luego, necesita no *compasión*, sino *comprensión*, y no *piedad* sino *ternura*, y no aspavientos oficiosos de conmiseración externa, sino la naturalidad humana de quien da el

abrazo o la mano a un semejante. No hay mejor homenaje al discriminado que el no darle a él la sensación de nuestra propia apreciación, de lo que hay quien llama desgracia y nosotros diríamos que es simple circunstancia externa, cubierta, compensada en muchos casos por todas las otras circunstancias interiores que no sólo cubren aquella omisión, en la cual incidió en sus designios el Creador, sino que muchas veces enriquecen aquella alma con abismos insondables y con alturas supremas. Pero desgraciadamente, la vulgaridad operante en el ambiente no es así. Yo recuerdo aquella obra, ciertamente inmortal, de nuestro gran escritor y pintor Santiago Rusiñol, titulada «El pati blau», es una obra breve, casi diríamos una anécdota, la de aquel pintor romántico, que se enamora de la languideciente muchacha cuya tuberculosis acelerada acaba con su vida. Para distraer sus lacerantes ocios, para separar de su mente obsesiva la conciencia depresiva de su propia enfermedad, el pintor pinta «El pati blau» con la muchacha recostada en su silla, en uno de los ángulos del cuadro. La chica muere, el cuadro permanece, la casa es vendida y uno de sus compradores, al contemplar el cuadro que recoge la impresión ambiental de la finca que va a adquirir, le propone su adquisición al autor de la pintura. El autor de la pintura con un gesto le señala que aquel cuadro, que aquel ambiente, que aquel patio tiene como justificación y como

EN LOS CASOS
EN QUE ES NECESARIO
UN TRATAMIENTO
CON AMPICILINA

PENIMASTER

AMPICILINA LIADE

Cápsulas 250 mg.	P.V.P. 248,80	308,40 (10 y 16 cápsulas)
Cápsulas 500 mg.	P.V.P. 489,80	559,10 (10 y 16 cápsulas)
Injectable 250 mg.	P.V.P. 67,00	
500 mg.	P.V.P. 93,90	
"1" gr.	P.V.P. 159,50	

PENIMASTER ANTITOXICO

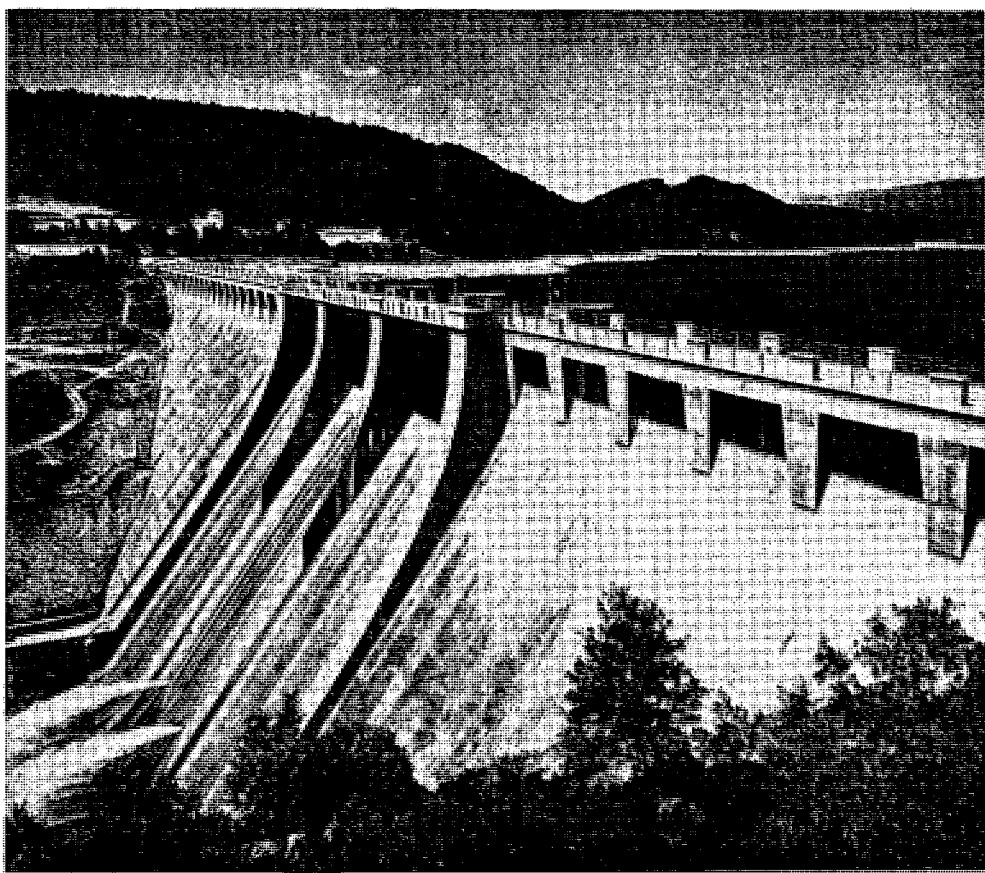
AMPICILINA + HIDROCORTISONA



retens

WASSERMANN

(doxiciclina)



Cápsulas
de 100 mg.
Tubo de 8
Tubo de 16
504, 80-956, 30
Posología:
Una cápsula
diaria.

Poder terapéutico retenido =

= Acción retardada =

= Baja dosificación =

= Máxima eficacia y tolerancia

alma superviviente que lo transfigura, que lo encarna, que lo resume y que en realidad reina sobre aquel lienzo, hasta constituir el objeto fundamental de su objetivo pictórico, siendo dicho ambiente exterior del «Pati Blau» lo accesorio; el pintor, pues, le dice al presunto comprador: «¿I la noia?»; y el comprador haciendo alarde de este menosprecio, de esta discriminación ofensiva, contra la cual nos levantamos, le contestó simplemente: «La noia, la noia, esborri-la!» Nosotros, también, humanos, borramos de nuestra vista, de nuestra mente, de nuestro recuerdo, de nuestras aflicciones, de nuestras debilidades, todo aquello que puede ser para nosotros una irritación visual, una mortificación sensorial, una contrariedad psicológica, una evidencia de la gratitud que podemos deber al Creador por habernos dado la aparente plenitud de todas las circunstancias físicas que en otros seres, tan hermanos nuestros como nosotros mismos, se hallan disminuidas o canceladas. Moralmente, encarnamos sociológicamente, en esa afección, el rechazo que se produce fisiológicamente en el transplante de órganos vitales, como vosotros ya sabéis; y es que en realidad todo esto constituye una violación del deber aproximativo del deseo comunicativo y generoso hacia el prójimo, sino porque constituye una mortificación o una molestia en nuestro propio modo de ver las cosas y las personas.

Es, del mismo modo que resultan

las diferencias biológicas y las diferencias raciales y las actitudes que poco a poco parecen que debieran ir siendo eliminadas en el mundo para constituir una humanidad idéntica en derechos y obligaciones, pero igual en circunstancias, y en la cual el color, o la riqueza o la pobreza o los defectos físicos nos separan, sin pensar, sin meditar que existe un imperativo superior para extremar nuestra comprensión hacia esos seres. Cuando hace unos años, visitábamos los Estados Unidos, y pese a las resistencias del guía colectivo que nos quería hacer pasar de largo ante la somera tumba de Kennedy, observamos que montaba la guardia un sargento de color, y que la guardia era cambiada y sustituida a su mando por unos jóvenes y rubios cadetes que obedecían marcialmente las órdenes de su superior jerárquico. Pensábamos, para nuestros adentros, tu estás en esa tumba para que este hombre de color pueda mandar a los súbditos blancos que durante siglos han odiado y han pisoteado esta diferenciada injustamente raza distinta. La experiencia nuestra en esta etapa ha sido, desde luego, la de esta aproximación afectiva hacia todos aquellos seres sufrientes y dolidos que, sin culpa racional suya por designios divinos, se han encontrado carentes de alguna de las actitudes o facultades que en nosotros experimentamos.

Un poeta aquí presente, Jaume Rosquellas Alessán, en uno de los varios premios que tiene obtenidos

en los Juegos Florales de Barcelona (viola de 1929) y que se titula «Elogi inversemblant», desarrolla, en sonetos marmóreos y al mismo tiempo profundos de concepción y sensibilidad, el estudio y el elogio sintético de cada uno de los cinco sentidos, y la fuerza de su creencia, el ímpetu de su dedicación literaria trascendida, la fidelidad a esos designios divinos ante los cuales se postra su elevado espíritu de poeta, le llevan a decir que si alguna vez pudiera él separarse de este ancho camino de recia y de firme fe en el futuro y en lo divino: «Apagueu-me, per càstig, un sentit».⁹ Yo no quiero ni pretendo decir que esta restauración oftálmica mía, deba, desde luego, agradecerla a la Providencia, referirla a un premio, a una conducta, a una ejemplaridad propia; lo que sí quie-

ro decir a este atento, deferente y generoso auditorio que me escucha, que volviendo, como al principio, a las citas de Maragall, diría que «la vista» es un don que, recibido de Dios, como la vida misma, Dios nos puede quitar, pero que hay otra cosa más importante que la misma vista: «la claredat» en el juicio, el equilibrio de la perfección al apreciar los casos y en los hombres, la sabia ponderación de todos los factores individuales y colectivos, que constituyen el equilibrio social y que, evolucionándolos, permiten, exigen y mantienen la reserva y la estabilidad de las estructuras, son capitales; y por esto terminando con aquella «Oració a Santa Llúcia» de Maragall, diría¹⁰ y perdonadme «Santa Llúcia, conesrveu-nos la vista y la claredat». He dicho.¹¹

NOTAS

1. Disertación pronunciada y de la que la presente transcripción es grabación directa, en la sesión científica celebrada el 15 de enero de 1974.

2. El Dr. Alfredo Muiños, asistido por los Dres. Carlo Dante Heredia y Francisco Mateus, del Instituto Barraquer. En la recopilación literaria, Leandre Amigó, Roser Coscolla, J. M. Rovira Artigues, entre otros.

3. V. el artículo del firmante «Una singular vivencia maragalliana», dictado a ciegas con anterioridad a la presente disertación, y publicada en «Diario de Barcelona» del 22 de enero de 1974, que amplía la perspectiva de este inciso.

4. Para expresarlo con una frase novelística (con ella se cierra la obra: «Romàntics d'ara», de Enric de Fuentes, Bibl. «Joventut») como su protagonista, «En Ridaura», el autor «ja havia trobat» (al fin) el cèntim que li faltava».

5. «La Rehabilitación de los ciegos» (Bol. I.N.D.I.O. - Ven.: 1, 43-51, 1973), «La ceguera en la Historia» («Medicina e Historia», abril 1970, fascículo LXV), «La representación de los ojos en el arte» (Ibid. XI, 1970, fasc. 18), «Los ciegos de las narraciones bíblicas», Barcelona, 1973 (con un prólogo de Luis Arnaldich), La función visual normal y patológica en relación con el arte de la pintura», discursos de ingreso en la Real Academia de Medicina de Barcelona, 1965, entre otras.

6. «La palabra en la ciencia y en la poesía», discurso de ingreso del académico Pedro Piulachs y contestación por el académico Octavio Saltor, leídos el 6 de diciembre de 1964.

7. La invidencia transitoria no patológica puede dar lugar a réplicas humorísticas, como la de Marck Twain al «Voyage autour de ma chambre» de Xavier de Maistre. La patológica, dentro de la línea de este comentario nuestro, alcanza en Claudel transfiguraciones musicales, como la sinfonía de los ruidos externos así captada y «descubierta» por el poeta durante una afección oftálmica superada.

8. V. «La percepción sensorial y las fuentes del derecho», del Dr. D. Juan Vallet de Goytisolo (núm. 1 de 1972 de los «Anales de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación» de Madrid, pp. 54-78) donde se lee, entre otros conceptos: «...los modos de percepción audiovisuales son más táctiles que la imprenta y más completos que los puramente visuales tipografiados. Pero se trata de una percepción muy distinta de la plena percepción que del mundo real tiene el hombre de la tierra» (p. 71). El académico Dr. Guillermo Díaz-Plaja ha desarrollado, a su vez, en la «Llibreria Porter» y en homenaje a su titular, una interesante tesis sobre «Cultura tipográfica y cultura visual», el 13-II-74.

9. V. el soneto final «Acció de gràcies», p. 77 del vol. de los «Jocs Florals de Barcelona» de 1929.

10. Claro está que, en esta misma composición, Maragall reconoce, previamente a la invocación final que cierra esta disertación, que «són tan bells els ulls al front — quan hi brilla la mirada».

11. El autor tenía preparadas otras muchas notas que el limitado tiempo no permitió desarrollar oralmente. Algunas, figuran recogidas en el citado artículo (nota 3.ª precedente). Otras podrán ser aún objeto de artículos ulteriores. Pero ha preferido aquí ceñirse estrictamente a lo dicho en la sesión aludida, por fidelidad material a su contenido, del que así esta transcripción viene a resultar crónica fidedigna (incluso en sus incorrecciones estilísticas y sintácticas, en sus balbuceos, en sus reiteraciones y en sus omisiones).